

Lo que impresionaba al tratarle, era una voz dulcísima, que sabía modular de un modo simpático y persuasivo.

Las personas que le trataban íntimamente hacían grandes elogios de sus conocimientos en Jurisprudencia á la manera de Esteva, García y García, Conejo y Bocanegra; pero así como el soldado, por ilustrado que se le creyese, todo lo quería avenir al cartabón militar, y en todo remedar la ordenanza, así el jurisperito todo lo cortaba por el sistema forense, haciendo de los negocios litis, alegatos de las teorías políticas y pleitos en forma de las cuestiones económicas y sociales.

En lo interior de la familia era el Sr. Jiménez pródigo, fino, obsequioso, inclinado á la charla punzante del colegial festivo y de sutil ingenio, leal en su proceder y firme en sus conocimientos.

Almonte, desnudo, hubiera pasado por una broma perfecta y acabada: el cuello erguido, los músculos robustos, los pómulos salientes, los ojos negros y la mirada dulce y triste. Acentuaba su palabra una boca llena de expresión y una dentadura que era el marfil luciente, engastado en púrpura.

El aseo y la corrección en el traje le distinguían, y no había movimiento ni actitud que no fuera como consultado por el buen parecer y la gracia. Hablaba Almonte mesurado y breve, sin entregarse jamás al entusiasmo loco, ni al encogimiento antipático. Cuan-

do tomaba una resolución, vibraba su voz con rara energía, percibiéndose resolución inquebrantable.

Frió, generalmente hablando, de una calma inverosímil en los más grandes conflictos, siempre sobre sí, y sin faltar á ninguna conveniencia, hasta en lo más recóndito, no faltaba nunca al papel que parecía haberse impuesto, ni á las reglas de conducta que tenía resolución de observar.

Exactísimo en sus tareas, tenía horas precisas para todo; era afectísimo á servirse por sí mismo, y en el despacho, en visita y en la mesa, tenía una pulcritud que habría parecido afectada si no la ejerciese con el mayor desembarazo y naturalidad.

Su talento era clarísimo; pero no de percepción pronta ni confiada; su estudio favorito eran la historia y la geografía, y su pasión, la instrucción de la juventud, para la que escribió libros elementales de bastante mérito para su época.

Como se sabe, después del famoso sitio de Cuautla, en que Almonte, de edad de trece años combatió contra las fuerzas de Calleja, fué conducido á los Estados Unidos, donde hizo su primera educación, poseyendo perfectamente las matemáticas, el francés, y sobre todo el inglés, que hablaba con toda perfección, según los inteligentes.

Hecha la Independencia, vino á figurar, en primer término, en el partido yorkino, y constituyó familia con su hermana Doña Guadalupe y su hermano Antonio, que realmente muy poco se le parecían.

El año de 1839 casó el Sr. Almonte con la Srita. Dolores Quesada, joven sentimental y bella, de un color apiñonado delicioso y dechado de virtudes domésticas.

A la vez que me entregaba con ardor á mis nuevas ocupaciones, no dejaba de asistir á las horas de comer á la mesa del señor Presidente, relacionándome con sus amigos íntimos los Coroneles Durán y Stávoli, Arista y Barrera, persona de su intimidad, contratista de vestuario, con empresas de teatros y toros; centro su casa de diversiones espléndidas y punto de cita de los personajes más á la moda de la época.

Habitaba el Sr. Barrera la gran casa que hoy ocupa la Lotería Nacional, esquina del Reloj y Cordobanes, y en sus grandes salones reverberando de lujo y elegancia, se verificaron las máscaras, los banquetes y los bailes más notables de la época.

Daba vida, comunicaba alegría, y llenaba de encanto la casa la Sra. Barrera, Alejita, á quien llamaban todos, quien á fuerza de talento y atenciones con las personas que la favorecían, adquirió títulos que, adversa la fortuna, le negó en su origen, objeto de los tiros de la envidia y la maledicencia.

En las conversaciones con el Sr. Bustamante en intimidades, de que realmente no era digno un muchacho de veintidós años, admiraba su fondo de lealtad y honradez inmaculada, así como su ausencia completa de convicciones políticas y su ignorancia.

Era cumplido caballero, según el ritual de la edad media: Dios y su dama, la mano en la espada y el buen

decir en los labios; la cortesía en las maneras y la ambición de ser el primero en los peligros.

Estaba muy distante del fanatismo; pero se mostraba reverente con las dignidades de la Iglesia, los obispos y doctores, de quienes, en casos dados, seguía el consejo, heredando en mucho las relaciones de Iturbide.

Como el Jefe de las tres garantías, odiaba el Sr. Bustamante á los insurgentes y creía acto meritorio tenerlos á la sombra y exterminarlos, dividiéndolos en dos clases: impíos y bandidos.

Admiraba el sabio sistema español, y lo que se entiende por tiranía feroz, se representaba á sus ojos como energía y severidad necesaria al bien.

Con estas ideas, en los negocios revolucionarios vacilaba, se desentendía de toda cuestión moral y seguía el dictado de las gentes que le rodeaban, pasando por verdaderas atrocidades con la mira de conquistar la paz y el Imperio de la ley.

De esto dependía que la administración de Bustamante fuese sangrienta y justamente odiada, y que examinando al hombre privado se le encuentre tratable, sencillo, sin odios ni aspiraciones bastardas, sin instintos carniceros y sin deseo de dañar personalmente á nadie.

Escrupuloso hasta el quijotismo en materia de dinero, cauto y decente en sus relaciones íntimas, leal con sus amigos; creo que á su ignorancia y su ambición deben atribuirse sus errores, y á su servilismo pa-

allegados hacían experiencias de sus confianzas para conceptuar si se me *había subido* y retirarme su cariño y favores.

Y yo, lo confieso, conocía que me era forzosa cierta circunspección, cierta compostura y cierto alejamiento de mis relaciones predilectas; pero á lo mejor saltaban en mi pecho los instintos callejeros, respiraba mi ser el aire de la jarana y el regocijo plebeyo; vibraban jarabes y sonecitos en mis oídos, los ensueños poéticos cobraban formas, y como nubes despedazadas y atropellándose revueltas por el torbellino pasaban por mi mente castores y gorritos, músicos y beatas, sabios profundos y pelados analfabéticos, matronas, frailes y todos los personajes de un incandescente prodigio dramático.

Al siguiente día de la conversación que he referido, con el Sr. Bustamante, la estufa presidencial me esperaba resplandeciente de lujo y elegancia.

El alto pescante forrado de pana blanca con su fleco y sus borlones soberbios, los lacayos con sus escarpelas tricolores, y los altísimos frisonos con sus chapetas y hebillas de metal blanco reluciente.

—¡A la Alameda, poco antes de llegar al frente de Corpus Christi!— dije al lacayo al penetrar en el carruaje y hundiéndome en los mullidos cojines de la testera.— Partió volando el coche. . . .

La vista del carruaje, lo conocido para mi suegro del personaje que lo ocupaba, le dejaron realmente patético y con un palmo de nariz. . . . La señora de mis

pensamientos me sonreía á su espalda, asombrada pero triunfal y divina.

Yo llevaba prevenido un lápiz como una astabandera, y como había antecedentes muy hostiles de parte de papá, yo, de la manera más descortés, le escribí en una tira de papel:

«Sr. Caso: deseo casarme cuanto antes con su hija de Ud. Avíseme si sigue ó no en su oposición para tomar mis providencias.»

Llamé al lacayo, le señalé la casa, y éste, finchado y con largos pasos, se dirigió á mi suegro, el que por un tris no lo echó á rodar las escaleras.

Aquí se sucedieron escenas como la de la *Pata de Cabra*: el confesor y los amigos de respeto, las amigas officiosas y las viejas compasivas. Llovían las peripecias; se hablaba de convento y de destierro, de entrada á ejercicios, y se entabló la lucha entre las partidarias de San Francisco Javier y las de San Judas Tadeo, según las gentes adversas ó propicias á mi matrimonio, hasta obtener como desenlace mi admisión en la casa como novio oficial una vez por semana.

Entré, pues, en un mundo nuevo; pues mi suegro y la familia ofrecían los tipos de los ricos hacendados de la época colonial.

Largo chaquetón de lienzo blanco, pantalón de bragueta de cuadril á cuadril, sombrero de jipijapa de anchas alas; al través de la camisa se veían sobre su pecho medallas y rosarios, y colgando de la pretina, la

cadena del reloj, teniendo en su extremo dijes y chucherías de oro.

La frente ancha y abovedada, los ojos pequeños y de agudo mirar, la nariz aguileña y la boca recogida y como contraída por la impaciencia de ser prontamente obedecido. Era mi padre político de talento natural, clarísimo é inculto, valiente, puntual y sincero en sus tratos, inteligente labrador y diestrísimo jinete.

Por la primera vez, de mi vida y con motivo de mi visita oficial, dirigí una mirada retrospectiva á mi traje y á mis recursos de tocador . . . y aquello fué de romperse el corazón.

«Hombre pobre todo es trazas»—dice Calderón— y yo, á falta de inspiración propia, recurrí á los lagartijos de mi intimidad para remedar la moda reciente y llamante como cualquier tenorito, y acopié pomadas y polvos, aguas de olor de la industria del país, barniz de tinta de oficina y no sé cuántas cosas más. Un primo de elegancia de imitación me sugirió la camisola, es decir, una pechera con su cuello y su jareta en la base, que se quitaba y ponía con la mayor facilidad y era á propósito para reservarse para los golpes de teatro. Pero para mí todo lo falso, todo lo postizo, todo lo afectado y pretensioso ha sido no sólo repelente, sino imposible, llevándome tal condición al extremo opuesto, conceptuándome de zafio y abandonado y faltando á las debidas conveniencias sociales que son como el perfume de nuestras acciones.

Tales ideas han exagerado en mí siempre el contraste entre mis hábitos internos, mis costumbres domésticas y mi modo de vivir aristocrático con mi familia, guardando las tradiciones de mis padres, y mi amor al pueblo, mi deseo de estudiarlo y mi contacto con él á pesar de su falta de civilización, sus inconsecuencias y sus vicios.

La casita que mi suegro tenía en México no rayaba en la opulencia, era más bien de humildes muebles y cierta llaneza de la mediana fortuna; pero dejaba entrever la riqueza de los dueños el servicio de plata, la excelente comida y el número de sirvientes ladinos peripuestos.

El señor de la casa había tenido una viudez tempestuosa, y semejantes hombres cuando se convierten son rígidos y exageradamente celosos.

Así es que, la primera educación, inclusive el piano, la hicieron las niñas con maestras que costaban un dineral, y nada enseñaban á derechas.

Mi suegro madrugaba y se dirigía á la casa de sus abogados Olaguibel ó Elguero, porque era forzoso tener encarnizados pleitos con colindantes y parientes que se enardecían, que se empeñaban y que daban á los clientes cierta instrucción macarrónica en que figuraba una nomenclatura forense, capaz de desequilibrar el cerebro mejor organizado.

Las señoras entendían en las graves tareas de riego de macetas, policía de jaulas, arreglo de casa; sentándose las niñas al piano, que era, á pesar de la fortu-

na de millonarios del hacendado, *un monacordio* que remedaba las gárgaras con exquisito primor.

La señora, entretanto, bordaba, ya un paño de cáliz para la iglesia, ya una toquilla de chaquira ó unos ataderos para la cuelga del marido; ya unos pañuelos para su padre confesor.

Al sonar la hora de comer, todo el mundo estaba listo, no faltando las dos sopas de ordenanza, el puchero con sus sabrosos y variados adminículos, el pavo asado, los chiles rellenos ó manchamanteles, ni el arroz de leche, ni la conserva de zarzamora ó durazno, regado todo con buen vino cascarrón y con pulque exquisito del embotellado que expendía la Sra. Adalid.

En la mesa poco se conversaba: un criado estaba constantemente á la espalda del amo; le servía, y al levantarse los mantales, se arrodillaba, besaba un trozo de pan y rezaba el Pan Nuestro y el Bendito, besando después la mano á los circunstantes.

Terminada la comida, cada quien se encerraba en su pieza; obscurecía la casa, y á poco se oía el respirar sosegado de la media noche, y lejanos los altercados y carcajadas de la gente que comía en la cocina.

Soñolientas y amodorradas las personas de la casa, se peinaban y componían, esperando el espumoso chocolate con huesitos ó ricos bizcochos de la casa de Ambrís ó de Santa Fe, esquina de Tiburcio y las Damas, y el Santo Rosario con las tres Ave Marías compuestas; siendo en tiempo de lluvias indispensable el Trisagio, quemando palma bendita; cuando lo requería el

tiempo; para los santos de rumbo las novenas correspondientes.

A las oraciones de la noche entraba la criada con las velas encendidas, diciendo: ¡Ave María Purísima! Santas y buenas noches, disponiéndose en seguida la mesita de la malilla, y preparándose las niñas para recibir las visitas que se retiraban al sonar la queda.

En medio de esa sociedad pacífica y apacible caí como llovido con mi algarabía literaria, mi pedantería política, mi índole insurrecta y mis ocultas inclinaciones al bureo y á la frasca; con mi motín de descarriamientos callejeros, mis cómicos, mis museos, mis estudiantes perdularios y mi modo de ser voluntarioso y desgobernado.

Pero acaño esa misma novedad de mi nueva vida, aquel perfume de bosque virgen y de yerba fresca que exhalaba la nueva mansión en que se me recibía, me atraía de un modo sentimental como el gorjeo lejano de la ave, que escondida entre las ramas, canta en el llano solitario sus amores.

Aquella María, modesta, tímida, á quien alarmaba la caída de una hoja de rosa; con sus grandes ojos negros, con su conjunto de divinidad griega, tan resuelta y tan decidida por el pobre coplero sin familia y sin fortuna. El raudal de sentimiento que palpitaba en mí, que de mí brotaba como esas corrientes caudalosas, que al nacer hierven, corren, se arremolinan y se desbordan como queriendo infiltrar la vida, la alegría y la abundancia por donde, pasan me transporta-

ban á mundos de una luminosa pureza que me procuraba emociones desconocidas.

Mis visitas eran de cierta etiqueta ceremoniosa y mortificante, percibiéndose, por parte de mi suegro, incontenibles antipatías, aunque encubiertas con atenciones de exquisita urbanidad. Esta circunstancia se agravaba con la tarea afanosa para mí del cuidado de mi persona, no obstante los consejos y tretas de mis directores de modas.

Un incidente casual, no obstante, me abrió las puertas de la confianza en la casa, y me preparó las bondades generosas y paternales del que hasta entonces se estaba caracterizando de mi suegro.

Habían llegado las relaciones con mi novia al punto de permitírseme la entrada á la casa cada tercer noche.

Mi entrada era á las ocho, y ya encontraba sentados en la mesa de tresillo á mi suegra, mi esposa y dos ó tres personajes graves con un platito de porcelana para tantos y cartas sobrantes; al lado un plato con copas de anisete y de catalán para damas y caballeros.

Yo, que no he sabido en mi vida juego alguno, para quien ha sido siempre griego el lenguaje del naipe, y que por pobreza ó por lo que se quiera, me hostiga la baraja, habría sufrido un suplicio si una sonrisa, si una conversaci6n furtiva, si una mirada no me hubieran indemnizado de mis sufrimientos.

Los que jugaban estaban cuidadosos con el triunfo y el chiquito, la contrabola y la bola, el arrastre y el codillo; los espectadores conversaban y esperaban á

que entre juego y juego se echase un *chilito*, esto es, un albur por cuenta del más adinerado de los jugadores.

El anuncio era un golpe eléctrico; ancianas y ancianos, niños y jóvenes, polluelas y cuidadoras, se ponían en movimiento; venía el albur, se apuntaban, altercaban, guardaban silencio al correrse el albur, y prorumpían en exclamaciones de gozo ó de enojo los favorecidos y los desdenados de la fortuna.

Yo me preparaba á la visita, y para preparar el esplendor de mi camisola la guardaba en mi sombrero, y en cualquier zaguán próximo á la casa, me la embrocaba como cualquier monaguillo desparpajado su sobrepelliz.

La noche á que aludo, por una de las mil distracciones de que he sido víctima desde mi niñez, dejé la camisola en el sombrero, y dejé al descubierto mi camisa, nada pretensiosa por cierto en su pechera.

Estábamos en lo más silencioso y empeñado del juego, jugadores y circunstantes, cuando me vino en gana estornudar, acudí á mi pañuelo; no lo tenía, corrí entonces á mi sombrero, que era donde solía depositarlo, y sin advertirlo, volví sonándome con la camisola por su espalda.

Noté que los circunstantes me veían, y no hice caso, seguí sonando; reparé en que la novia estaba escarlata como la sangre. . . . y no supe á qué atribuirlo; en una de mis limpiadas de nariz, noté algo como una cuerda ó como un gusano debajo de ellas. . . . y noté

el extraño polvo... estallando una carcajada general. Comprendiendo al vuelo mi situación, y ya con amor á la oratoria, dije:

—Diré á Uds. un verso que aprendí de un gachupín abarrotero, con un motivo semejante al presente:

«Causa de este y otros males,
«Digo á ustedes en *concencia*,
«No es falta de inteligencia:
«Es la falta de reales.»

Mi suegro me echaba al concluir los brazos con paternal ternura, mientras palmoteaban los circunstancias, y mi María ocultaba su carita entre las manos.

La escena que acabo de describir allanó como consecuencia graves dificultades...

Volviendo á mis tareas periodísticas, diré que batallaba como un desesperado contra los follones y mandrines de la oposición.

Comencé á iniciarme en el argot periodístico y á hacer mi arsenal, de *Oposición Sistemática*, *Ambición frustrada*, *Vendidos á intereses viles*, etc., así como tener á la mano al *héroe de Jico*, el *brazo fuerte de Iturbide*, el integérrimo Ministro (hablando de Echeverría), el vástago de un héroe de Almonte y Cañedo, ya Cicerón ya Quevedo.

Á guisa de sacristán con los santos que asea y compone, comencé á familiarizarme con próceres y ayudantes y á graduar en mi juicio la influencia de criados, de parientes favoritos, chismosos y aduladores.

Hacía conocimiento asombrado con esos palaciegos

que entran por las puertas excusadas, tienen encargos de uso interno y madrugan para disfrutar las confidencias del genio en mangas de camisa; asistía sin poder atinar con el compás á esos coros en que á tuertas y á derechas se da la razón al que manda, se le inventan talentos y perfecciones y se espetan al paño alabanzas como para que no las oiga. Me fijaba mucho en las palabras soltadas con aparente candor para sembrar una sospecha, despojar de un empleo, preparar un negocio y hacer al poderoso caer en errores ó ejercer injusticias.

Por último, seguía curioso la manera con que los nuestros pretendían combatir á nuestros enemigos averiguando que el uno era hijo sacrilego; que el otro estuvo en la cárcel por monedero falso, que aquél debía su fortuna al falseamiento de unas firmas en una testamentaria; que el que llevaba el apellido Rechupa era en realidad Gatera, hijo del Dean de la Catedral, y todas las indignidades á que se presta el amor ilícito guiado por la perversidad y la calumnia.

El Sr. Gondra era muy cauto; frío y astuto, defendía la administración y empeñaba polémicas científicas en que era muy diestro. Yo me arrojaba de bruces en la polémica acogiendo cuantas barbaridades me sugerían y dándome por muy liberalmente recompensado con que repitiese el Presidente cualquiera de mis frases, me sonriera el ministro defendido y me diera medio de oro el apóstata vindicado.

Pero en medio de mi ignorancia y de mi poco mun-